

DE LA ARQUITECTURA EN LA CIUDAD DEL SIGLO XXI.

Aproximaciones primarias para una nueva sensibilidad arquitectónica

Antonio Fernández Alba

COMO es bien sabido, la arquitectura se configura y formaliza a medio camino entre el proceder técnico y el quehacer artístico. El proceder técnico trabaja con la materia, el quehacer artístico opera con formas. Los espacios de la arquitectura remiten siempre a una referencia ambiental que se consolida en el tiempo. La ciudad en la historia del hábitat humano surgió como una serie de arquitecturas polivalentes, de tal manera que en el transcurso de los tiempos la arquitectura llegó a consolidarse como el soporte de la propia estructura de la ciudad.

«La tendencia —señala con acierto el filósofo E. Lledó— a concebir una ciudad mejor y que a su vez mejorase a los hombres que en ella viven, quedó como una de las grandes utopías de la historia. Pero el carácter utópico del sueño platónico no es más que el alejamiento continuo que en la historia ha sufrido el imperio de la justicia. Cada vez más lejos y cada vez más necesaria la reestructuración de la ciudad.»

Antonio Fernández Alba es arquitecto.

Creo que serán pocos los ciudadanos que no acepten la propuesta de tan significativa recomendación. Intentos, amonestaciones críticas, hipótesis formales pretenden abordar, desde los esquemas de la nueva sensibilidad, una comprensión de la injustificada *ausencia del lugar* en nuestras ciudades y de la exclusión de la arquitectura del ámbito de sus coordenadas ambientales. Los intentos posmodernos de restablecer la noción de «autonomía de la arquitectura» se orientan hacia una formalización del espacio en la ciudad, dentro de los reducidos márgenes de las teorías idealistas de la intuición creadora; es decir, que centran el proyecto sobre la recuperación de la obra de arquitectura en un período de la crisis del objeto y lo subordinan, como un quehacer artístico en particular, con la pretensión, manifiesta o no, de rechazar las cuestiones que la técnica ha ejercido sobre la arquitectura. ¿Se intenta dar una respuesta a la reestructuración de la ciudad desde una arquitectura consolidada por una estética de la significación que reemplace a la técnica?

El intercambio de las últimas formalizaciones banales y sus relatos escritos no parecen ser referencias que superen la inoperancia de la llamada ciudad moderna; todavía vivimos la ciudad, gracias a los soportes que nos prestan los abandonados y a veces residuales espacios de la ciudad tradicional.

He aquí algunas cuestiones:

LA CIUDAD DEL DESTINO FINAL

Después de los enojosos episodios que la ciudad contemporánea ha sufrido por la usurpación de las ideologías propugnadas por el movimiento moderno, la construcción de la ciudad se vio arropada por una serie de tendencias que pretendían recuperar los métodos científicos, como remedios más operativos para la planificación urbana; pero los expedientes burocráticos y, sin duda, el prematuro cansancio provocado por las metodologías de aproximación científica a la racionalización del espacio de la ciudad han suscitado que nuevas corrientes del pensamiento arquitectónico se presenten en el panorama actual de la cultura urbana como respuestas de pretendida eficacia ante la destrucción ambiental que a gran escala soportamos hoy.

Sus postulados no parecen muy claros; se podría señalar, al juzgar por sus argumentaciones teóricas y por la normativa académica de sus enunciados, que sus axiomas están próximos a cierto repertorio de actitudes nostálgicas hacia los estilos, evaluados éstos como una *praxis activa*. El futuro de la ciudad, su construcción y formalización, no reside ya en la *interpretación del pasado*, como soñaban algunos de los arquitectos menos radicales de los veinte, ni en el análisis crítico de «la ideología del espacio urbano», a la que se entregaron con fervorosa adhesión sociólogos, economistas y gestores municipales en los sesenta y setenta. Ahora las propuestas vienen por un itinerario más simplificado: la ciudad y su arquitectura deben *imitar el pasado*, ya sea éste próximo o remoto.

Esta estrategia pasa por unas coordenadas bastante significativas, por lo que respecta a las decisiones planificadoras, al crecimiento de la ciudad y a sus arquitecturas. Se aleja, de modo evidente, de una confrontación con las estructuras de producción industrial; no parece relevante para esta inteligencia cosmopolita evidenciar quién dispone de la hegemonía del poder económico, de qué modo se realiza el control de las energías, el uso razonable de los recursos, quién detenta la propiedad del territorio, cuáles son los flujos y en qué dirección se orienta el crecimiento acelerado de la población urbana... La mirada desde esta óptica dirige su atención hacia la noche de los siglos, buscando una gestión más gratificadora, como es la de *imitar el pasado*. Es una «cuestión de imitación», señalan sus ideólogos, no sólo de variaciones estilísticas, de elección de formas para la ciudad, o de interpretación libre de los códigos clásicos; imitar el pasado, éste es su mensaje y su doctrina. Se trata de

hacer evidente para la formalización de la ciudad un síndrome que parecía superado: utilizar la nostalgia como una práctica activa de la seducción ambiental.

Sin duda, para aproximarnos a una interpretación menos peyorativa y sectorial de los interrogantes que plantean los espacios de la ciudad en los finales del siglo, tendremos que proponer un enfoque más plural de la configuración del espacio urbano, intentar aproximarnos a un entendimiento de la ciudad más como una forma de vida renovable, comprender el proceso de su construcción como un sistema de biorrecursos de energías que permiten equilibrar el potencial que la ciudad lleva implícito e indagar, para hacer más efectiva una revisión menos literaria del equilibrio urbano-rural, que una interpretación fragmentaria de la civilización industrial ha destruido.

Estos enfoques globales, para entender con mayor precisión los problemas de la ciudad, no representan ninguna novedad, aunque no resultara ocioso su recuerdo en unos tiempos que han consumido con facilidad los esbozos proféticos de tanta aparente arquitectura para la ciudad.

E. B. White, en su ensayo de 1949 «He aquí Nueva York», proclamaba, sin duda, la participación, sin exclusión alguna de las tres ciudades que subyacen en el ámbito de la metrópoli contemporánea. Para White aparece en primer lugar la ciudad donde se nace: «el hombre o mujer nace en una determinada ciudad y ve la ciudad como algo natural, acepta su tamaño y turbulencia como un hecho común e inevitable». La segunda apreciación sería la ciudad del hombre que trabaja en su recinto y vive en otra parte; para estos seres, «la ciudad es como una plaga de langostas que la devoran cada día y se restituye cada noche». Finalmente, la ciudad de los hombres y mujeres que nacieron en otra parte y llegan a «la ciudad del destino final» en busca de trabajo, de una forma de vida, de un exilio donde poder subsistir.

Los primeros habitantes constituyen, o deberían constituir, los que alimentan las energías de *continuidad*, narran y conservan su historia; los segundos arrastran las energías necesarias para el *cambio*; por lo que respecta a los últimos residentes, en el sentir de White, estarían destinados a «*proporcionar la pasión*». La ciudad fue siempre, y es de presumir que así continúe, un cruce de intercambio de energías, tensiones, incomodidades, frustraciones, agresiones y molestias; también de comodidad, salud, hospitalidad, creación y, sobre todo, de libertad. La ciudad sigue siendo lugar de identidad, fuente de trabajo y entorno de la pasión; algo más que percepción representa el complejo quehacer humano, compuesto de movimiento y cambio. Durante el desarrollo de la revolución industrial, la ciudad se vio sometida a un proceso de involución, por lo que se refiere a su «cualidad ambiental», en el que aún nos encontramos, debido fundamentalmente a que las sociedades industriales producen y reproducen el espacio de la ciudad mediante el consumo de abundantes recursos no renovables, espe-

cialmente minerales, origen de la gran variedad de los productos químicos que hoy constituyen, junto con los combustibles fósiles (hulla y petróleo), los elementos básicos de la construcción de la ciudad. Por tanto, una lectura alternativa hacia lo que hemos dado en señalar como «la ciudad industrial avanzada» no parece que pueda entenderse sin una administración coherente de los sistemas de energía que la constituyen. Su forma (planificación física del ambiente) no puede reproducirse sin una interpretación adecuada de sus energías fundamentales: *movimiento* (transporte), *cambio* (ocupación y renovación del suelo urbano) y la programación del consumo de los materiales energéticos no renovables.

En este sentido va dirigida una parte de la abundante literatura en torno a la crisis de la ciudad surgida en las últimas décadas, llamando la atención sobre los desequilibrios provocados en las infraestructuras ambientales por el crecimiento del «producto económico», el aumento de población urbana, el inexplicable incremento del automóvil y la decidida invasión de las macroburocracias. Parece más que evidente que todo este conjunto de sistemas de energías no controlados o tendenciosamente dirigidos han provocado una ruptura del ecosistema urbano.

La desilusión de los planificadores, superados los trabajos de reconstrucción europea en los cuarenta, fue sólo una parte importante del riesgo que entrañaba la construcción de la ciudad desde los supuestos del desarrollo material indiscriminado. Parecía lógico cuestionar estos postulados no sólo desde las metodologías del proyecto de la ciudad, sino desde un enfoque conceptual y filosófico de qué tipo de ciudad debería construirse con unos medios materiales tan tecnificados y diferenciados en su producción. ¿Podría ser una cuestión de cuantificación? Hacia la década de 1970 comenzaron a suscitarse estas cuestiones y a requerir otras soluciones. La forma de la ciudad, basada en la geometría no daba respuestas válidas ni a la arquitectura ni al propio crecimiento de la ciudad. La forma geométrica era más simbólica que real y la forma de los símbolos había cambiado en el contexto de la revolución industrial. El intento de someter al hombre a los intereses de la economía de los monopolios fue amparado, en parte, por las tesis funcionalistas de la ciudad que deseaban ganar un puesto en el mundo de la industria; pero pronto se llegó a la convicción que la «función» diseñando la ciudad se había transformado en un credo tan adorable como emblemático; la realidad es que la función fue asumida por la industria y con ella se apoderó del espacio de la ciudad.

A este tipo de reproches se intentó responder, mediados los setenta, con una indagación más generalizable que de alguna manera permitiera superar las insuficiencias geométricas y funcionales del proyecto de ciudad; bajo esta premisa se ampliaba el campo del proyecto y se aceptaban los valores de la ciudad histórica anulados por el reformismo racionalista. La ciudad debería entenderse como un estadio transitorio, llegó incluso a codificarse esta interpretación eventual: *la*

ciudad en transición estaría destinada a aportar los materiales y los presupuestos teórico-prácticos para reinventar los asentamientos de un hábitat que permitiera incorporar a través de un diseño coherente la heterogeneidad de las variables, en los que se inscribe la ciudad de nuestro tiempo.

La conclusión natural de estos razonamientos hacía evidente que tanto la arquitectura como la ciencia urbana estaban excluidas en la gestión del hábitat contemporáneo; cobraban protagonismo las relaciones de producción económicas, y serían estas relaciones las que controlarían las formas de la ciudad, el diseño de sus espacios, sus cualidades y atributos ambientales. El plano de la ciudad recreaba sus propios símbolos por medio de las decisiones mercantiles, y en ellos debería encontrar su identidad el ciudadano enajenado de las sociedades industriales. Ni el escrupuloso racionalismo geometrizar de la Carta de Atenas ni el funcionalismo llegaron a formalizar los esquemas de la ciudad moderna; se heredó de sus abstracciones la simplificación y el andamiaje de sus formas, que fue mercado fácil para los especuladores. Sus arquitecturas hipertrofiadas por los promotores urbanos se levantan hoy con la petulancia de unas incongruencias irracionales.

El diseñador urbano, ante estas reflexiones, desea superar las anomalías espaciales de tan significativa disfunción, intentando encontrar en la totalidad del fenómeno una opción más operativa; consciente de que la ciudad es un fenómeno multidimensional y evolutivo, para el cual resulta imposible la aventura de abordar el proyecto de la ciudad desde la forma, con la que tanto especularon los CIAM, o el control absoluto de todos sus fenómenos, en el que tan prematuramente se agotaron los metodólogos. El reproche a estas determinaciones hace más evidente el indagar vías y pautas de conocimiento que permitan cuantificar los cambios, al objeto de medir las consecuencias que puedan tener los otros aspectos de la heterogeneidad de la ciudad, en el contexto del medio industrial donde ésta se inscribe. Algunos de ellos tan evidentes como los cambios de costumbre, impactos de las nuevas tecnologías, organización del trabajo, con la finalidad de poder comprender los argumentos que sustentan tal enfoque.

Por tanto, se hace preciso llamar la atención sobre la necesidad de *reinventar la ciudad* algo más allá de la investigación de la tipología y de la historia de la arquitectura, es decir, desde la realidad de la ciudad actual, aceptando incluso la destrucción que del entorno urbano ha realizado el capitalismo monopolista, superando las recientes metodologías formales que circunscriben todo el análisis de la ciudad a un reflejo del significado de sus arquitecturas, justificándolo, con los modos gratuitos de toda simplificación, según el cual, el significado y el contenido de la arquitectura se encuentra siempre en sus formas. La trivialidad de los resultados obtenidos por alguno de los «tardo arquitectos modernos», en muchas de sus realizaciones más celebradas, no

les otorga argumentos especiales para garantizar que por medio de la topografía, la tipología y la historia puedan obtenerse resultados más felices que los de sus antecesores.

Las intenciones reformistas que aparecen en muchos de los planes, diseños y arquitecturas de las últimas tendencias no dejan de ser cometidos teóricos puntuales que en ningún caso abordan el sentido de totalidad del hábitat requerido por las sociedades industriales avanzadas. Por señalar algunas de las más difundidas, nos podríamos preguntar: ¿A quién sirve la normativa tipológica de los grupos de Tendencia, «con sus espacios bordeados de columnas y pórticos por los que el hombre puede andar como por la calle...»? ¿Acaso solventaron sus arquitectos la monotonía, tema que absorbía sus deliberaciones más especulativas? ¿La respuesta a la construcción de la ciudad actual puede venir de las ilustraciones aleatorias de las indisciplinadas familias POST?

La mirada, evidentemente, no se centra ya en los cenáculos de la forma; sus concilios pertenecen a un ritual sólo para iniciados, que soportan con estoica fruición el orden político-económico establecido con quienes, desde la izquierda a la derecha, fabulan juegos de manos sin señalar ningún sentido. Junto a ellos o en sus arrabales, los planificadores políticos siguen anclados en los viejos «tics» que les proporcionaban las filosofías de sus respectivos partidos, algunos de ellos irrecuperables.

Pero si los problemas que discurren alrededor del objeto arquitectónico contemplan la ciudad como una revisión decantada del pasado, no resultan menos dudosos aquellos postulados que esgrimen el «factor de descentralización» como alternativa para el futuro de la ciudad.

La demanda descentralizadora viene requerida por una necesidad de ordenar los núcleos metropolitanos de fuerte congestión. Esta necesidad de fragmentación de lo urbano se hace más evidente porque la obsoleta estrategia que integraba las fases de «producción-consumo» en los conjuntos centralizados resulta imposible, incluso para el sistema monopolista actual. Estos criterios descentralizadores, por lo que respecta a la ciudad, hacen más que evidente que su forma reproduce los postulados programáticos del capital industrial y de los monopolios internacionales.

No desearía cerrar esta esquemática digresión en torno a los saltos argumentales, en los que se ha visto envuelto el desarrollo de la ciudad moderna, sin hacer una mención explícita a los partidarios arquitectónicos del populismo, dentro de los contextos del «socialismo descentralizado» en el que se debaten algunas cuestiones que abordan las respuestas a la ciudad de finales de siglo.

Con palabras de Colin Rowe:

«Es, a veces, un tanto asombroso que la concepción hegeliana de la dialéctica progresista pudiera reducirse a algo tan desastrosamente amansado, a una situación en la que el crecimiento se convierte simplemente en crecimiento en especie, y un mero cambio en tamaño es interpretado como un cambio real e intrínseco. Porque el crecimiento y el cambio, tan a menudo confundidos

como si fuesen una misma cosa, representan aspectos muy diferentes de la movilidad, y la noción de sociedad y cultura como simple crecimiento (y, por tanto, cambio) es una distorsión de su status esencial como productos de ritual y de debate. Las ideas, aquellas ideas futuras que harán diferente el futuro respecto al presente (y que, de este modo, asegurarán el cambio), simplemente no «crecen». Su modalidad de existencia no es biológica ni botánica. La condición de su ser es condición de conflicto y de debate de conocimiento; surgen a través del calor —o del frío— de la controversia y a través del choque de mentalidades. Pero el residuo de determinismo histórico que heredamos se niega a conceder algo tan obvio».

Lo obvio requiere de unos presupuestos para concebir la ciudad, superadores de esa «entidad abstracta denominada pueblo», que hagan posible el desarrollo de los argumentos precisos para construir la ciudad desde una nueva actitud filosófica y una determinación científica y creadora suficientemente claras (entiéndase superadora del esclerotizado urbanismo de la «ingeniería social» o «el diseño total»).

IDEA DE LA CIUDAD

No será preciso demostrar que la idea de la ciudad contemporánea, hasta que la urbanística no se fue constituyendo como ciencia autónoma, ha estado vinculada a múltiples confusiones metodológicas. En ocasiones, se ha tratado de explicar o justificar el complejo fenómeno de lo urbano bien desde referencias muy diferenciadas, como ha sido la de entender la ciudad asociada a «imágenes ambientales» que proporciona la arquitectura, o bien como un conglomerado de normas legales con las que poder optimizar los espacios sociales de la ciudad. Alrededor de estas o parecidas cuestiones prevaleció durante mucho tiempo la idea de concebir la ciudad como una distribución del espacio social del hombre, asignando, a este gesto de atomizar el espacio y construir el edificio, un compromiso cultural sobre el que podían reposar tranquilos problemas y expectativas de las emergentes sociedades urbanas.

Por un período bastante dilatado se llegó a pensar que la respuesta a tan complicada síntesis debería recaer en las decisiones que proporcionarían los criterios de dos viejas y decantadas actividades en el arte de construir ciudades: arquitectos y políticos. Fue necesario sufrir el *mal de la ciudad*, entre los períodos de entreguerras, para llegar a comprender que tanto las políticas desarrolladas en torno al concepto moderno de lo urbano como las construcciones que resultaban de los diseños de su arquitectura reproducían con gran elocuencia unos fragmentos de ciudad que resultaban revulsivos para la conciencia de los ciudadanos que deberían habitarlos. No es necesario decir que tanto la *falsa racionalidad* de su planteamiento como el inusitado y precoz crecimiento de la ciudad edificada, bajo la usurpación de los principios de la arquitectura moderna,

han concluido en la *destrucción del lugar* (como recinto habitable de hechos fehacientes) y en la *degradación de los recursos de intercambio humanos*, que alimentaban las viejas tradiciones morales que concitaba la ciudad.

El principio de racionalidad

El principio de racionalidad con el que se pretendía formalizar el proyecto de la nueva ciudad nos acercaba en el ámbito europeo al paradigma estimulante de la «Ville Radieuse», esa imagen de fantasías y ambivalencias que Le Corbusier plasmó como modelo para tranquilizar la mala conciencia burguesa y facilitar, tal vez sin pretenderlo, el pacto entre el «liberalismo económico» y el «radicalismo geométrico», del que nunca pudo desprenderse la utopía arquitectónica de nuestro siglo en torno a la ciudad.

De este pacto surgió un argumento mediador para el político lo suficientemente gratificante como para poder llegar a establecer la proposición siguiente: todo el espacio social de la ciudad es de propiedad pública y al poder político le corresponde su planeamiento. Esta simplificada proposición excluía de su tutela el resto de las características urbanas, entregando la construcción de los objetos arquitectónicos a la propiedad privada. El poder político aceptó complacido las diferentes formas de producir y formalizar el espacio público de la ciudad. Lo físico y lo político entendidos como un servicio declarado de la razón, dentro del conjunto de prerrogativas que requerían las nuevas sociedades industriales. Pero no llegó a intuir que los efectos de tal proceder llevaban implícita la disolución de la filosofía política sobre la construcción de la ciudad y, lo que resultaba más pernicioso, el dominio absoluto de la espacialidad pública y privada por los resortes de una economía de mercado, economía avalada, sustentada y consolidada por el pragmatismo liberal. De ahí que en nuestros días no se pueda entender la «razón política» que se ejerce sobre la ciudad, si no es como un abandono y un desconocimiento de la *idea de ciudad*.

Expresión de desconfianza

Esta falta de comprensión acerca de lo que la ciudad y su arquitectura representa en la construcción de la ciudad explica los gestos de apatía dentro de los colectivos ciudadanos actuales para con la gestión política de lo urbano. Si algo con rotundidad hace patente la escena urbana en los reductos de nuestras ciudades es la *expresión de desconfianza*, tanto por lo que se refiere a la formalización física de los espacios de su arquitectura como a la organización de sus modos de comportamiento. Este recelo no es sólo evidente por lo que atañe a su planeamiento, o a lo insustancial y anecdótico de sus arquitecturas, sino porque su expresión material y el ambiente físico donde vivimos refleja con elocuente precisión la contradicción y el enfrentamiento de todas las esferas de la vida: competencia, beneficios, transferencia de valores humanos a mercancías... Tan

acusada ha sido la desintegración de los marcos de referencia, el vacío figurativo y la urdimbre enajenada de la habitación colectiva que nadie duda hoy que una sociedad de mercado permanentemente pueda construir una ciudad bella y, menos aún, eficiente. La competencia vana y el trabajo inútil configuran la agonía del hombre moderno en el vacío metropolitano; agonía y exclusión que le impiden la elección moral de su propio territorio. La *idea de la ciudad* desde sus orígenes estuvo animada por criterios de belleza junto a opciones para la acción pública; aunque los criterios y la acción nunca fueran intenciones primarias, surgieron en el camino hacia la construcción de la ciudad como un derecho complementario ante la incertidumbre que representaba la naturaleza como recinto de cohesión y defensa.

La obstinación por parte de los arquitectos modernos en que todo edificio debe convertirse en obra de arquitectura y la sanción del político, según la cual sus principios son inequívocas alternativas para construir la ciudad, resultan hoy corolarios ofensivos para el sentido común. Representan, en cierto sentido, ideologías simétricas que anulan la iniciativa creadora y hacen imposible construir el lugar apacible. Son, en definitiva, medios anómalos, que escinden el orden biológico-social sobre el que descansa la fundación de la ciudad.

Riqueza oligárquica, riqueza democrática

En términos sugestivos, Roy Harrod ha señalado, como causa significativa de esta ruptura del orden biológico-social, el conflicto que existe entre la *riqueza oligárquica* y la *riqueza democrática*, que actúa en las sociedades modernas. Es ésta una diferenciación iluminadora frente a los prejuicios tan arraigados y consoladores sobre los que la arquitectura y la política de la ciudad moderna vienen operando. La idea de la ciudad no podemos seguir formalizándola como un organismo individual, controlado por el proyecto exclusivo de la geometría o de las emociones democratizadoras de la política.

El acontecer biológico-social que sucede en la ciudad se desarrolla y se hace patente entre el desequilibrio que suscita la especie humana y lo estático del quehacer del hombre. Este hecho significativo provoca una cadena de situaciones que lo diferencia de los procesos primarios, en los cuales fue concebido este recinto complementario del hábitat que llamamos ciudad. Estamos, pues, ante la *idea de ciudad*, concebida como un *conjunto de sistemas abiertos* de naturaleza diversificada, que haga posible la coherencia de tensiones entre un todo casi integrado y unas partes diferenciadas. La propuesta de tal argumento se inscribe más allá de la unción política y la fantasía de la opción geométrica.

Una interpretación, incluso generalizada, acerca de los efectos más agresivos que operan en el proceso destructor de nuestros ambientes urbanos nos hace patente que la reconquista del espacio de la ciudad, la reconstrucción de la arquitectura y la consecuente planificación requerida pa-

ra los nuevos asentamientos debería iniciarse por esclarecer, con mayor elocuencia, las *ideas* acerca de la ciudad, e ilustrarnos sin extrapolaciones sobre el concepto de la historia del *lugar*. «El hombre —señala Ortega— no tiene naturaleza, lo que tiene es historia.» Muchos de los episodios recorridos por la arquitectura de la ciudad contemporánea se han estrellado por fingir o haber pretendido excluir algunos de los variables esenciales que constituyen el soporte de su construcción. No se trata tanto de las opciones imaginarias de lo que puede ser la ciudad sino, tal vez de evaluar que no puede ser otra cosa, es decir, de poder hacer factible el contenido ético del espacio urbano, alojando la tradición y la utopía en sus dimensiones concretas.

Esta actitud reconstructora debería comenzar por indagar con precisión en las «artes de la economía», cuyo cometido sería más racional si sus métodos pudieran organizarse de acuerdo con su verdadera utilidad y finalidad. La economía que opera en la construcción de la ciudad no es sólo una ciencia de imperativos categóricos de eficiencia mágica, es, además, un arte, una mediación material sancionada por la razón del hombre, que hace posible la existencia entre el acontecer biológico y el orden social de la naturaleza humana.

Si, por añadidura, en su estructura mecanicista actual, lográramos suprimir los objetivos competitivos y utilizar el tiempo y el trabajo como instrumentos de coherencia nos encontraríamos ante unas perspectivas y unas voluntades dispuestas a excluir los supuestos negativos de una ciencia y un arte, la economía, programados en la actualidad para abolir la razón y reducir a inútiles e impracticables los sentimientos.

Normopatía urbana

Elocuentes son los efectos heredados de los *modelos de crecimiento rápido* sobre los que se asienta la ciudad industrial, y comprobadas están las hipótesis de su vocación expansionista: crisis energética, destrucción del medio natural, desprotección de la capacidad individual y social en el medio urbano. Su corolario en la esfera de la convivencia es, si cabe, más desafortunado, pues se ha llegado a configurar, por lo que respecta a las relaciones sociedad-espacio físico, una auténtica «normopatía urbana». Por normopatía entienden los psiquiatras, desde que lo formulara Erich Wulf, la intrínseca patología de la normalidad. La ciudad de nuestros días reproduce, en la organización espacial de su arquitectura y en las interacciones que configuran su convivencia una significativa *normopatía urbana*, cuya característica más esencial es la de aceptar la *patología del espacio* como un hecho de *normalidad ambiental*, en un equilibrio tan automático que nuestro organismo apenas si puede hacer explícita su dimensión biológica. El diagnóstico no deja de ser estremecedor: la *forma física* y la *conducta social*, dentro de la ciudad actual, ya no admite diferencias en el entramado de esta patología.

El síndrome de la Referencia

Ante circunstancias tan insatisfactorias, la idea de la ciudad y el reflejo de su arquitectura en nuestro tiempo debe superar, como señalábamos antes, la *falacia funcionalista*, según la cual las funciones determinan la forma del espacio; pero no para ser sustituida por una nueva *falacia histórica*, donde la función deba ser intercambiada por las preferencias morfológicas, estilísticas o tipológicas de la arquitectura. Estas opciones no reflejan otro postulado que la tendencia a contraponer los paradigmas culturales dominantes por otros semejantes que se tratan de encontrar en la historia, pues hemos de convenir que ambas son alternativas apenas sin salida.

Deberíamos ser conscientes que la arquitectura de la ciudad, en los finales del siglo XX es algo más que una reconversión estilística; sus espacios segregan y desarrollan una secuencia de intereses sociales, humanos y culturales que superan lo específico de los apartados figurativos o formales del edificio. Este grado de consciencia nos tendría que conducir a distinguir con evidencia los espacios de ilusión, programados por esa «toxicomanía de lo efímero», de los problemas reales que la ciudad manifiesta. El olvido de la ciudad, la ausencia de una idea de ciudad, ha dejado al hombre robotizado en la casa, y el espacio por donde discurre ha quedado sin *lugar*. La ciudad se vive como el recuerdo de lo que fue; el síndrome de las referencias por el momento aún mantiene en algunos las esperanzas.

Esta crítica generalizada de la degradación de lo urbano, «de la metrópoli sin cualidad», de construir sin ideas ni proyectos, ese monumento perdurable que es la ciudad, no está orientada a una descalificación de lo moderno, pero resulta indudable que el operar filosófico, científico y artístico sobre la idea de la ciudad no ha tenido una intervención decidida, al menos con una incidencia que permitiera amortiguar el empirismo mediatizado de los operadores económicos. Será suficiente revisar lo que acontece en el interior y exterior de nuestros ámbitos privados o comunales para poder comprender que no existe nada más ajeno y distante a nuestros sentimientos que los personajes que deambulan por la «plaza», ni nada más confuso y temeroso que los fantasmas que transitan por la calle. Recuperar la *idea de la ciudad*, no como un esquema formal, dispuesto desde la geometría para componer formas o proteger la ausencia de ideas, es una advertencia clara que se hace patente en el pensamiento positivo de nuestra época y, en este sentido, aparecen como evidentes algunas reflexiones:

— Una lectura global de lo que significa el contexto urbano actual y el correlato formal de su arquitectura hace patente la pérdida del significado de la ciudad, lo cual comporta que el riesgo no es, por tanto, el perder la ciudad, sino la acción solidaria de los hombres.

— Las experiencias y conquistas tecnológicas de la sociedad industrial avanzada no pueden permanecer adheridas y subyugadas por la volun-

tad autoritaria de las clases que gestionan el poder.

— Estamos, por lo que se refiere al lugar donde vivimos, en los límites de lo que Artaud rebautizó como «la devaluación general de los valores»; se trata, por tanto, de constatar y evidenciar, de manera consciente, la concreta realidad ambiental que nos rodea y sus consecuencias más inmediatas.

— La idea de ciudad nace de un proyecto colectivo. Nuestros esquemas y bocetos deben surgir directamente del natural; esta manera de proceder tal vez resulte menos representativa para la redundancia formal o «la ideología de la especulación controlada», pero, sin duda, será más consecuente.

— La idea de la nueva ciudad no parece posible sin una *división del trabajo*, menos competitiva en las secuencias del plusvalor; fragmentación que permita el desarrollo de métodos de pensamiento imaginativo, donde las construcciones ideales de la ciencia y el arte se transformen en materiales para construir con decoro los espacios de la ciudad.

— La política de la ciudad, en el ámbito de unas sociedades de intercambio universal, no podrá claudicar ante el «imperialismo de lo local», sentimiento generalizado que pretende la recuperación del «genio del lugar» no como un axioma deseable sino como un dogma de reduccionismo provinciano congénitamente belicoso. La gestión política deberá aceptar, sin sonrojo, las debilidades de sus emociones y favorecer el desarrollo de una teoría general de la ciencia y el arte sobre la ciudad, sin la cual resulta inviable una filosofía de la ciudad.

— La ciudad necesita incorporar innovaciones laborales que faciliten nuevos puestos de trabajo y condiciones de vida más justas, procurando un reparto de prosperidad más ecuánime y equitativo que el sofisticado derroche de nuestras prepotentes imágenes urbanas.

— Los límites de la ciudad y su tolerancia para albergar tanto derroche y desperdicio energético están injustificados desde una razón social y una lógica científica.

— La demanda de las futuras generaciones de ciudadanos, incluso nuestros mínimos de confort, exige reducir nuestra dependencia de recursos no renovables (minerales, combustibles fósiles, automoción, intercambio de artefactos domésticos), introduciendo técnicas de reciclaje y conser-

vación de la energía frente al despilfarro de un consumo inducido por los grandes monopolios, proponiendo la recuperación de los desperdicios como una forma de materia prima.

— Un nuevo enfoque globalizador hacia el reparto del suelo y la usurpación del espacio tendrá que ser abordado por la administración de la gestión urbana, configurando prácticas y políticas ciudadanas que permitan un uso regenerativo de los espacios abandonados y de las propiedades reservadas. Acción posible mediante la construcción de sistemas analíticos adecuados para ordenar las opciones políticas (un poco más alejadas del tributo al voto, o de la política utópica) y la incorporación de una modernización de los recursos.

— Necesaria y más oportuna se advierte una revisión del proceso del proyecto abstracto en torno a la ciudad y el reflejo de sus arquitecturas. La mediación actual asignada a los especialistas favorece un proceso fragmentario, concibiendo la ciudad como un cúmulo de aproximaciones a lugares invertebrados que excluye al ciudadano y le incapacita para el desarrollo de sus formas de vida comunitaria y privada.

— Formalizaciones espaciales que permitan integrar las nuevas opciones tecnológicas frente al medio natural, con un talante de simbiosis no destructor.

— Finalmente, una educación urbana que nos permita entender la ciudad como un biorrecurso, no en el sentido de las metáforas orgánicas a las que fueron tan propicios los arquitectos y urbanistas de entreguerras, sino como un proceso científico-artístico que permita conquistar para la ciudad sus características más significativas: la de ser un organismo vivo de estructura versátil y renovable con espacios ricos en retroalimentación de recursos, limitada en sus crecimientos, variable en su forma, lugar primordial para la convivencia humana.

Una nueva actitud tanto moral como crítica, por parte de las colectividades, será la que haga posible instaurar, frente al talante ambiguo y paternalista del estado industrial moderno, el grado de coherencia entre *medio* (naturaleza), *historia* (tradición) y *progreso* (técnica) que necesita y reclama el modo de vida contemporáneo.

Si es cierto que sólo se tiene derecho a hablar después de haber sufrido, las palabras y acciones contra la *anticiudad* son, en nuestros días, un torrente desbordado para nuestras conciencias.